

Crimen y subjetividad desde los márgenes: apuntes sobre *La cuadra* y *El niño resentido*

Crime and subjectivity from the margins: notes on La cuadra and El niño resentido

Roberto Daniel Pérez García¹

Resumen

Este trabajo analiza en clave psicosocial la relación entre marginación, crimen y juventudes. Para ello, se parte de dos novelas imprescindibles sobre el tema: *La cuadra* (2016) de Gilmer Mesa y *El niño resentido* (2023) de César González. Estas novelas tienen como escenario la realidad de los barrios populares latinoamericanos y parten de una escritura íntima, surgida—precisamente—desde la propia experiencia. En este sentido, se establece un diálogo entre la realidad de ambas novelas y un abordaje teórico-interpretativo centrado en la teoría de la reproducción social, especialmente, a partir de las reformulaciones de Didier Eribon. Entre los principales hallazgos de este texto se muestra la importancia de la vergüenza, el resentimiento y el orgullo en la conformación de las identidades juveniles asociadas al crimen.

Abstract

This paper analyzes, through a psychosocial lens, the relationship between marginalization, crime, and young people. To achieve this analysis, two essential novels on the subject are used: *El Niño Resentido* (2023) by Cesar Gonzalez and *La Cuadra* (2016) by Gilmer Mesa. Implementing an intimate writing style stemming from personal experience, these novels use as a setting the reality of Latin American working-class neighborhoods. In this sense, the reality of both novels is interpreted considering the theory of social reproduction with an emphasis on Didier Eribon's reformulations. Among the main findings of this text, it is shown that shame, resentment and pride are key elements of youth identities associated with crime.

¹ Universidad Autónoma Metropolitana
<https://orcid.org/0000-0002-2787-5072>
cr.robertopg@gmail.com



OPEN ACCESS

DOI: 10.5281/zenodo.16069783

Copyright © by
Cuestiones Criminales

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited. See credit lines of images or other third-party material in this article for license information.

Citar: Pérez García, R. D. (2025) "Crimen y subjetividad desde los márgenes: apuntes sobre *La cuadra* y *El niño resentido*", *Cuestiones Criminales*, 8 (15): 87-104.

Aceptado para publicación
el 3 de junio 2025

POTENTIAL CONFLICT OF INTEREST: The authors have indicated they have no potential conflicts of interest to disclose.

PALABRAS CLAVE: crimen, juventudes, marginación
KEYWORDS: crime, youth, marginalization

“Ante toda una sociedad que los ubica en el lugar de la monstruosidad, los pibes no hacen más que asumir su rol”

—César González, *El fetichismo de la marginalidad*.

Introducción

En los últimos años la escritura autobiográfica ha cobrado mayor notoriedad dentro de la literatura latinoamericana. Un tipo de escritura que surge, precisamente, como un producto de la modernidad y la concepción del sujeto individual. Sin embargo, las variaciones actuales de la autobiografía se han diversificado, yendo desde los diarios, las cartas y la poesía íntima hasta las confesiones. George Gusdorf (1991) nos propone entender este desdoblamiento narrativo como *las escrituras del yo*; una fórmula que acuña para mostrar que, a pesar de la diversidad de formas autobiográficas, existe una escritura íntima donde el escritor-personaje se expresa en primera persona para evocar y compartir los derroteros de su propia vida, de aquello que le concierne personalmente.

De igual manera, Alberto Giordano (2008) reconoce la impronta de las *escrituras del yo* dentro de la literatura argentina contemporánea, al reconocer que se trata de una “tendencia”, o en sus palabras, de un *giro autobiográfico*, donde lo íntimo—esas “huellas de la vida del autor”—se vuelve un elemento común y admitido a la hora de narrar. Por lo cual, estas *escrituras del yo* establecen un vínculo más que cercano con la realidad social y conforman, a mi parecer, un recurso inigualable para la comprensión misma de ciertas problemáticas sociales. Esto se debe, primero, al carácter experiencial mismo de la literatura, donde el escritor ofrece una aproximación íntima de situaciones o contextos difíciles de acceder por otros medios (ya sea por las distancias temporales, geográficas o metodológicas); y segundo, si pensamos que la literatura también ha sido un instrumento dentro de sectores subalternos para denunciar las violencias sufridas en carne propia, así como para relatar los intrincados caminos que llevan a ejercerla en esos mismos contextos de marginación social.

En este texto se retoman dos novelas pertenecientes a las *escrituras del yo*, donde se aborda precisamente la violencia asociada al crimen desde la mirada subalterna. *El niño resentido* (2023) es el título de la primera novela. Su autor, el escritor y director de cine César González, se vale de la *narrativa testimonial* (García, 2024) para reconstruir parte de su vida en la villa Carlos Gardel. Un barrio históricamente popular situado al oeste del área metropolitana de Buenos Aires (Argentina). En ese espacio, lleno de incertidumbre

y marginación, González comparte algunos pormenores de su vida familiar, pero sobre todo, narra sus esfuerzos en forjarse—sin respiro y a plomo—una vida criminal. Todo sucede a finales de los años 90 y los albores del presente siglo. Se trata de un recuento íntimo, donde su autor transmite de forma llana sus andanzas, convirtiendo en prosa la cotidianeidad de la calle, de la vida en esa villa.

La segunda novela con la que se dialoga en este texto es *La Cuadra* (2023a), de Gilmer Mesa. Esta novela aborda la vida—pasada y presente—del escritor en su barrio natal: Aranjuez, una de las dieciséis comunas que componen el municipio de Medellín (Colombia). En esta novela Mesa emplea una narrativa, por momentos poética y a ratos etnográfica, para compartirnos su infancia y adolescencia durante una de las épocas más violentas de su país: la expansión del Cartel de Medellín, con Pablo Escobar a la cabeza y los hermanos Prisco de Aranjuez como operarios del brazo armado de dicho cartel (Arreola, 2024). En este contexto, Mesa narra los avatares de su infancia y las de una docena de “pillos” que, como él, presenciaron la instalación de la violencia como un elemento más del paisaje barrial, donde inmiscuirse en la vida criminal representaba una ilusión mortífera, pero, al fin y al cabo, ilusión.

Si salvamos las distancias temporales y geográficas, *El niño resentido* y *La cuadra* construyen una mirada íntima sobre el lugar del crimen, específicamente, en la vida de niños y jóvenes que viven en contextos de marginación, donde la injusticia experimentada pareciera ser el pan de cada día. En ambas novelas, el yo narrador y el yo narrado se empalman, se confunden. Sin embargo, por más que se trate de una escritura en primera persona, esto es, de un recuento íntimo, Mesa y González nos dan cuenta de la vida colectiva en dichos contextos: de esos niños con los que crecieron, de los adolescentes con quienes delinquieron, de las familias azotadas por la violencia, de las carencias del Estado, de las personas que se fueron del barrio y, también, de las personas que no quisieron o pudieron escapar de él. Ambas novelas son un relato de la marginalidad o, mejor dicho, *desde* la marginalidad, de esas personas y lugares donde pareciera que la escritura no tiene lugar.

Dicho lo anterior, conviene señalar que se retoman ambas novelas como una manera de indagar en el mundo social de la violencia, y en específico, en torno al impacto del crimen en la conformación de las identidades juveniles. Para ello, se propone un diálogo a partir de los aportes de Pierre Bourdieu y Didier Eribon, sobre la fuerza de las determinaciones sociales, y otros esquemas teóricos cercanos a la psicología social, como los aportes de Ignacio Martín-Baró en torno al resentimiento. Por último, también se acude a otras obras de Mesa y González con la intención de facilitar nuestra comprensión sobre el contexto y los procesos identitarios que acompañan las experiencias relatadas.

Ahora bien, este documento se compone de tres apartados. El primero, “Crecer en un barrio popular”, analiza la conformación social del sujeto con relación a dos sentimientos clave: la vergüenza y el resentimiento que surge a partir de las condiciones de marginación social que ambas novelas retratan. “El magnetismo criminal” es la segunda parte, donde se explora el papel de las actividades delictivas como un medio para revertir la privación social y crear un sentido de pertenencia desde la cotidianeidad de la calle. Por último, “La lógica del pillerío” analiza la producción de una identidad criminal a partir del papel del orgullo, como una manera de producir un “brillo” singular desde la vida paria. En suma, estas ideas amplían la comprensión del devenir criminal en contextos de marginación, ilustrados desde las *escrituras del yo* en González y Mesa.

Crecer en un barrio popular

El escenario principal de ambas novelas son las calles del barrio popular. Espacios destinados a personas que, al no poder satisfacer sus necesidades de techo dentro de las grandes ciudades, comienzan a asentarse en las periferias, muchas veces de manera irregular o como parte de un proyecto de vivienda social (Connolly, 2005). En esos barrios surge una experiencia más o menos homogénea entre sus habitantes, derivada de las condiciones sociohistóricas de las que se es parte. Así, se comparten formas comunes de vestimenta, de ganarse la vida, de relacionarse entre sí, pero, sobre todo, existe una consciencia común del lugar que se ocupa dentro de la jerarquía social; es decir, la posición en que se está frente a los demás, frente aquellos que viven fuera de entornos marginados.

Este reconocimiento del lugar social que se ocupa en el mundo se advierte por el simple hecho de habitar, es decir, de interactuar con los demás y observar lo que los define y diferencia. Es un conocimiento que, en el caso de los barrios populares, está mediado por una privación histórica, económica y cultural. Al respecto, Pierre Bourdieu (2009) ha estudiado precisamente la fuerza de las determinaciones sociales, que prescriben lo que han de ser unos y otros, y su función en la reproducción del orden social. Para analizar este proceso Bourdieu emplea el término *habitus*, entendido precisamente como un sistema de disposiciones duraderas de la sociedad, que estructuran los modos en que se percibe y valora el mundo en términos grupales e individuales.

De ahí que hablar de *habitus* involucre aludir a un proceso de constitución de las personas a partir de las condiciones estructurantes de las que se es parte. Este concepto procura, por decirlo de una manera simple, borrar la división externa/interna de la realidad, al sostener que el sujeto representa la *interiorización* de las condiciones materiales-objetivas. En este sentido, el *habitus* implicaría la existencia de una fuerza actuante de lo

social en la vida de las personas y que condiciona la experiencia del sujeto, de aquello que se percibe “propio”, “razonable”, o “posible”, de acuerdo con las estructuras objetivas y su acceso diferenciado de servicios, bienes y poderes. Sin embargo, este proceso de interiorización de lo social es poco claro, y ha sido una de las constantes críticas al pensamiento de Bourdieu. En parte, se le acusa de brindar una explicación circular e interminable de la realidad, que termina por eludir los caminos que explican la incorporación de lo social en el psiquismo (Alexander, 2001).

Por lo cual, me parece pertinente recurrir a Didier Eribon, uno de los lectores más lúcidos de la obra de Bourdieu, particularmente, en sus reapropiaciones para pensar la interiorización de las determinaciones sociales. La pregunta obligada, pues, sería ¿cómo entender el efecto estructurante de lo social en la subjetividad del sujeto? Para responder a esta interrogante, Eribon (2017) parte de la idea lacaniana del estadio del espejo¹. Un proceso fundamental para la formación psíquica del *yo*. Sin embargo, Eribon retoma esta idea para repensarla en términos sociológicos y hablar de un *estadio del espejo social*, con el propósito de aludir al momento en que la persona se vuelve consciente del lugar social al que pertenece, así como de los afectos, sensaciones y prácticas que se esperan en correspondencia.

En los barrios populares de las ciudades latinoamericanas este proceso implica volverse consciente del lugar de ostracismo y marginación que se ocupa en el mundo. En *El niño resentido*, César González narra un suceso que ilustra este proceso. Ocurre precisamente en la niñez, al frecuentar la casa del patrón de su abuela en Palermo, uno de los barrios bonaerenses más exclusivos. De regreso a su casa, ubicada en la villa Carlos Gardel, González relata lo siguiente: “El viaje de *retorno* al barrio me hundió en una profunda tristeza. Era descender del paraíso al hades, ascender desde el silencio y la comodidad al griterío y el hacinamiento” (2023: 55). Que se hable de *retorno* en este fragmento, me parece, permite entender la idea eriboneana del espejo social, pues uno “se asoma” en varios escenarios de la vida y de ahí retorna un reflejo del lugar que se ocupa en el orden social, en sus jerarquías.

Sin embargo, los tonos, contrastes y contornos de esa imagen van cobrando mayor nitidez conforme se va creciendo. Se dan en la vida cotidiana, a veces como un torrente de consciencia, y otras de manera sutil, mediante una serie de contactos menores, con la interacción de aquellos que viven fuera de la marginación o a través de lo que se escucha u observa en los medios. En las primeras páginas de *El niño resentido*, González narra

¹ Jacques Lacan (1972) alude al estadio del espejo para explicar el momento en que el bebé, aún sin posibilidad de moverse, con *el cuerpo fragmentado*, se observa en un espejo y de éste rebota una imagen de unidad, antes desconocida por él. De acuerdo con Lacan, este suceso posibilita una identificación primaria entre el organismo del bebé y su imagen.

cuando su familia logra hacerse de una televisión con cable. En esa pantalla desfilaban películas, caricaturas y partidos de fútbol europeo. Dentro de ese monitor el mundo parecía un lugar mejor, una suerte de ensoñación. Sin embargo, González también veía en esos programas lo que a su familia le estaba vedado, lo que les era imposible: una vida holgada y sin preocupaciones. Esa televisión le devolvía su posición en el orden social, el hecho de ser un “pibe más” en otro barrio popular.

Debe tenerse en cuenta que este reflejo o retorno del estadio del espejo social ocurre incluso dentro del mismo barrio. En *La Cuadra*, Gilmer Mesa retrata esta situación con un trazo fino. Al recordar su infancia en el barrio de Aranjuez, evoca una serie de niños, que como él, compartían las calles del barrio. Todos bajo un mismo *habitus* popular. Todos al margen de la sociedad media y alta colombiana. Todos rodeados de privaciones. Todos azotados por la violencia criminal. Y, sin embargo, los matices se hacían presentes: desde quien tenía varias comidas aseguradas hasta quien carecía de ellas. En *Aranjuez* (2023b), Mesa retrata la vida de una familia conocida como “Los piojos”, apelativo que no solo buscaba sintetizar la pobreza de sus integrantes, sino también su apariencia sucia y descuidada. Ciertamente esta familia ocupaba un lugar bajo en la jerarquía social del barrio. Sin embargo, el último peldaño de esta división estaba designado para los *desechables* o *gamines*, personas del mismo barrio—u otros similares—que carecían de casa y solían ser consumidores frecuentes de alguna droga considerada menor, como el pegamento.

Este primer reconocimiento opera a partir, entonces, de un aprendizaje empírico que sitúa al sujeto en un lugar de la jerarquía social. Incluso, antes de que los demás le hayan hecho saber su posición exacta, pues, como lo señala Eribon (2004), no hace falta “comprender” o “explicitar” los efectos de la dominación para que estos se hagan sentir. Además, este reconocimiento se va puliendo, eventualmente mediante una serie de frases o clichés que terminan confirmando lo que uno ya sabía que era: “un villero más”, “otro pillo del barrio”. En pocas palabras, un sujeto caracterizado por la privación material y cultural, y las violencias que ello acarrea.

En este sentido, las palabras son fundamentales en el reconocimiento y los contrastes del estadio del espejo social. Eribon (2019) agrega que el orden social se expresa, además de la propia experiencia corporal, mediante una serie de citas discursivas que colocan y adscriben identidades. “El mundo social es un conjunto de ‘interpelaciones’ que se nos dirigen de todas partes y siempre, y que nos atribuyen identidades, nos designan ‘lugares’, nos llaman al orden sin que sea siquiera necesario infringir las reglas” (2019: 91). Así las citas sobre la marginalidad confirman lo que uno ya había intuido y, en su camino, refuerzan la reproducción del orden social. González expresa el efecto discursivo de las citas dentro del barrio, ya que él no sólo era “un pibe villero” sino que además era

parte de una prole injuriada. “Me tocó un padre linyera”, es decir, un vagabundo, sin ningún mérito social. A ello se suma el encarcelamiento de su madre y convertirse asimismo en el hijo de “la presa”. Ser “el hijo de la presa y el linyera” era adscribirse a una herencia social y familiar que colocaba a González por debajo de la jerarquía del mundo, y también de la del barrio, haciéndolo un blanco fácil de las burlas.

Si bien el estadio del espejo social implica un reconocimiento del lugar que se ocupa dentro del orden social, en este caso asociado a un *habitus* barrial, habrá que tener en cuenta que ello trae aparejado un efecto estructurante sobre el sujeto, donde la marginación constituye un vector en la psique. Pues esas experiencias e interacciones sociales se inscriben como una *huella mnémica* que definen al sujeto en lo más íntimo, en su devenir autobiográfico. Lo cual no significa que se trate de experiencias aisladas, o únicamente referentes al yo, como podría desprenderse del estadio del espejo lacaniano; muy al contrario, se trata de experiencias colectivas y que producen una constitución psíquica más o menos homogénea dentro de dicho entorno: una subjetividad colectiva.

En este sentido, hay dos afectos particularmente relacionados con la interiorización de las condiciones de existencia de los barrios populares. El primero es la vergüenza. La vergüenza suele ser entendida como un juicio negativo que se produce a partir de la mirada de los demás, es una forma de tramitar afectivamente el hecho de saberse en una posición de inferioridad y percibirse descubierto. Es entendible, pues, que la vergüenza surja aparejada al estadio del espejo social aquí analizado, en el que se intuye la privación cultural y económica de la que se es parte. Mesa relata este proceso, donde se conjuga humillación e identidad: “nosotros crecimos sintiendo eso, que vivir en Aranjuez era lo máximo, que la ciudad era un Aranjuez grandote sin diferencias profundas y solo cuando crecimos supimos que estábamos en los márgenes, y al saberlo nos empezamos a sentir marginales” (2023b: 286).

Habrà que tener en cuenta que la vergüenza tiene una base primordialmente social, surgida en este caso por la marginación, por el lugar del que se viene, por la posición que se ocupa en las jerarquías sociales, en pocas palabras, por lo que se es. Norbert Elías y John Scotson (2012) hablan precisamente de la vergüenza como un afecto característico de aquellos grupos estigmatizados, constituidos socialmente a partir de símbolos diversos de inferioridad; y que en los barrios populares se materializan de distintas maneras: oportunidades laborales escasas, dinero limitado, comidas sencillas, carencias estatales, crímenes cotidianos, e inclusive, el compartir una jerga lingüística considerada menor (González, 2021). De ahí que la vergüenza no requiera necesariamente de la mirada de alguien más; es una vergüenza de uno mismo, de la propia valoración como insuficiente, como marginal. Incluso, sin el señalamiento explícito de los demás.

González recuerda ir a comer a casa de Diego, uno de sus amigos. Estar en ese hogar era aterrizar en otro mundo, ubicado tan solo a unas cuadras de la villa. En casa de Diego cada uno tenía su cuarto propio y la comida estaba garantizada. La mamá de su amigo, quizá intuyendo las diferencias, invitaba a González a degustar algo de comida en la mesa. Él rechazaba “la insistente invitación a cenar por vergüenza” (2023: 68). Aceptar la comida era una manera de confirmar y aceptar sus carencias, de evidenciar su marginalidad, de estar expuesto, privado de algo que para ellos era común. Así, el surgimiento de la vergüenza tiene una raíz social y no es otra cosa sino la instauración de las condiciones objetivas, de un marco de referencia “ideal” sobre lo que se considera que es propio del ser humano, pero que resulta imposible para la persona marginada.

Hasta aquí, la vergüenza puede entenderse como un reconocimiento de inferioridad que obliga a bajonear la cabeza y esconderse con una mirada esquiva y tímida. La vergüenza es saberse mirado y juzgado por los demás, pero también ser objeto de juicio propio, de autoexclusión sobre aquellas prácticas que, en palabras de Bourdieu, resultan *impensables* por considerarse ajenas. Es un sentimiento donde la propia inferioridad se reconoce y se percibe como expuesta, al escrutinio de los demás. Vergüenza de ser pobre, de vivir en “una pocilga”, de tener una familia paria, de hablar con un léxico y tono asociado al barrio. Este sentir, por tanto, es la confirmación de haber interiorizado y asumido las jerarquías sociales y los procesos de dominación vinculados al orden social. Pero, quizá más importante, convenga insistir que dicha vergüenza conforma una veta propia de la persona, de lo que uno es, pues ésta “se graba en el cerebro y el cuerpo del individuo, hasta el punto de convertirse en el sello de su propia subjetividad” (Eribon, 2004: 70).

Ahora bien, ¿cómo se lidia con esa vergüenza del *habitus* popular?, ¿de qué otros afectos se echa mano? A mi parecer, el título que González le da a su libro nos brinda parte de la respuesta: El niño *resentido*. El resentimiento suele ser concebido como un rechazo descalificativo que carece de una justificación o base real, una suerte de odio gratuito. Sin embargo, Ignacio Martín-Baró nos invita a pensar el resentimiento de una manera más compleja y vinculada a situaciones de violencia social. Para Martín-Baró el resentimiento implica la toma de conciencia de una situación desfavorable, experimentada en las entrañas de uno, pero relegada siempre a una situación de injusticia social. En su libro, *Acción e ideología*, nos agrega: “Es posible—casi seguro—que la conciencia de la desigualdad sea el punto originario en toda actividad resentida” (1988: 411). Así, se entiende que se trate de un afecto que orbita alrededor de situaciones percibidas como desiguales o injustas, es decir, íntimamente cercanas a la vida marginal.

Re-sentir, entonces, sería otra faceta de la incorporación del sujeto marginado. Una donde se mezcla la vergüenza y el odio devenido de las privaciones e injusticias experimentadas

en los barrios populares. Al observar su casa, tan pequeña y venida abajo, González no puede sino expresar lo siguiente: “Odiaba mi pobreza, odiaba mi casa tan miserable” (2023: 50). El resentimiento es un afecto que acompaña a la persona, que vuelve sobre sí, anclado al mismo agravio: la desigualdad. Por ello quizá lo peculiar del resentimiento es su intensidad constante—y casi atemporal—en las entrañas, expresándose mediante un odio hacia aquellos que tienen lo que uno carece. Sobre todo, porque se fue arrojado al mundo para ocupar un lugar social ya dado, que no se eligió. ¿A quién reclamarle una situación así?, ¿ante que instancias apelar?, simplemente se llega al mundo con una sentencia bajo el brazo y los demás se encargan de ejecutarla mediante una serie de prácticas simbólicas y físicas.

Del magnetismo criminal

El niño resentido y *La cuadra* muestran la cruenta realidad de la violencia en Latinoamérica, esa violencia asociada a la criminalidad en contextos populares. Familias azotadas por el asesinato de parientes, vecinos. Madres llorando a sus hijos muertos. Hermanos y amigos vengando la traición de un compañero. Padres sacando a sus hijas del barrio para mantenerlas a salvo. Sin embargo, estos libros abordan la violencia, sobre todo, a partir de quienes perpetúan parte de estas tretas: niños y jóvenes en barrios populares que hacen del crimen una suerte de escape.

Tras el viaje en el que González acompañó a su abuela a limpiar la casa de su patrón, en Palermo, recuerda un punto de inflexión. Sí, advirtió nítidamente las diferencias abismales entre su familia y quienes tenían bienes de manera casi “natural” y en abundancia. Pero también fue sembrando la semilla de un odio férreo, odio de su propia pobreza y odio de aquellos que tuvieran ligeramente más que él:

“Lentamente, en mi interior crecía el odio hacia todo ser humano que no compartiera nuestras paupérrimas condiciones de vida. No tenían que ser millonarios como el patrón de mi abuela, que tuvieran una casa de material, un auto y una familia normal alcanzaba para provocarme una envidia lasciva. ¿Y yo cuando tendré algo?” (2023: 55).

En *El fetichismo de la marginalidad*, González retoma la misma cuestión, sobre todo, a la luz de un consumismo alentado por el mercado: “La publicidad les dice [a las juventudes] que todos somos parte del mismo mundo, pero no todo el mundo vive en las mismas

condiciones materiales [...] ¿Cómo hago para pertenecer a ese mundo si yo no tengo nada?, piensa el pibe chorro” (2021: 64). Ante estas preguntas, González relata que siempre se topaba con la misma respuesta: “cuando salga a robar” (2023: 55). En *El niño resentido*, el crimen se vuelve uno de los canales para conjurar la frustración experimentada. Es emprender una guerra contra esa sociedad desigual, un combate en el que la humillación y el odio son trasladados a otra persona, a alguien con más recursos. Así, el crimen se posiciona como una manera de resarcir una serie de carencias mediante variados actos criminales (como *cirujear*, modismo utilizado para referirse al robo de autopartes, o el *rally*, que implicaba una serie de asaltos y otros delitos en cadena), donde la “vergüenza de la miseria era remplazada por un ritual pagano, exaltado y pagado por los billetes de los atracos” (González, 2023: 155).

En este sentido, conviene traer a colación el multicitado artículo de Robert Merton, *Social structure and anomie* (1938), en el cual se propone entender la conducta criminal como el producto de un desequilibrio entre los fines culturales y los medios establecidos para su consecución. Es decir, la existencia de una discrepancia entre los marcos aspiracionales de la sociedad—en este caso, asociados al éxito monetario, al consumismo—y las normas que regulan los modos institucionales de obtener dicho éxito. Por lo que, al estar en un entorno de carencias materiales y oportunidades restringidas, recurrir a modos proscritos—como el crimen—se vuelve una de las tantas adaptaciones a la sociedad para alcanzar el éxito. Dicho esto, puede asentarse que los jóvenes que recurren al crimen “son pibes que siguen la lógica del capital, que tienen fe en él y en sus ofertas, como la mayor parte de la sociedad”, sin embargo, nos advierte González, “para alcanzar los fines capitalistas (comprarse cosas, tener éxito, ser respetados por la cantidad de posesiones, etc.) necesitan de la violencia” (2021: 64).

Hasta este punto, es claro que el crimen es una de las válvulas de escape para tramitar la vergüenza y el resentimiento social. Sin embargo, este brinda asimismo una serie de ventajas que para el niño o joven resultan seductoras: su beneficio instrumental y la posibilidad de experimentar un sentido de pertenencia. En el contexto colombiano de finales de los años 80, Mesa precisa que la criminalidad logró endilgar a las infancias y juventudes un modelo de vida asociado a las “ventajas” del crimen. Esto lo observó en su barrio, Aranjuez, donde se asentó el brazo armado de Pablo Escobar. Al respecto, Mesa señala:

“Hasta hacía poco la mayor aspiración era crecer rápido para conseguir un trabajo que permitiera ayudar a la familia, menesterosa por lo regular, pero con la llegada del hampa al barrio ese auxilio se podía conseguir sin ser mayor de edad y

aparentemente sin tanto esfuerzo, además de mucho más cuantioso, con el agregado de que a la par del dinero se adquiriría prestigio y respeto” (2023a: 14).

En el caso de Mesa, la vida en su barrio se alejó de las violencias asociadas al narcotráfico. Se trataba, sobre todo, de crímenes callejeros. No obstante, la parte instrumental del crimen está igualmente presente. El primer robo que narra González es un claro ejemplo de ello. Se encontraba a unas calles de la villa cuando él y su amigo, Peca, vislumbraron a la distancia a un grupo de niños que jugaban fútbol. Tenían probablemente la misma edad. En algún momento, uno de los jugadores se quitó la playera y la puso a un costado de los postes improvisados de piedras y otras prendas de ropa. González y Peca la observaron: una *Adidas* de la selección argentina del Mundial del 94. Hubo una *atracción mágica* por aquel objeto (Katz, 1988). La respuesta, nos narra González, fue casi intuitiva: “Nos miramos con mi amigo y sin mediar palabra me acerqué disimuladamente hacia donde estaba la camiseta, la agarré y salí corriendo” (2023: 29). Un crimen para un fin concreto: robar para acceder a una playera a la que ellos sólo difícilmente tendrían acceso. Ante la consumación exitosa de ese robo, González expresaría: “Mi primera *Adidas* original de fútbol”. Su primera playera auténtica, sin importar que después la tuviera que compartir con su amigo y usarla algunos días cada uno.

El niño resentido y *La Cuadra* muestran la función instrumental del crimen, como un modo proscrito de acceder a bienes que les son imposibles. No obstante, el hecho de adquirirlos no se traduce en un ascenso, su lugar en el orden social sigue siendo el mismo. Esos nuevos bienes son sólo un *simulacro*—en palabras de Merton—del éxito asociado al consumo. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que el crimen no responde meramente a una cuestión instrumental. En ambas novelas queda en evidencia la importancia de estar en la calle como una forma de consolidar un sentido de pertenencia. Enrique Pichón-Rivière (2023) nos dice que la pertenencia es un componente medular en los procesos grupales. La pertenencia involucra identidad, unión y la impresión de compartir un mismo rumbo (en términos de Pichón-Rivière, una *tarea*). No obstante, vale la pena una advertencia: este sentimiento se aleja de ser una simple adscripción, es decir, de reconocerse vinculado a los demás por alguna característica incidental (como podría ser vivir en el mismo barrio). La pertenencia, en cambio, implica reconocerse como participe de un mismo proceso sobre los avatares de la vida. Involucra establecer un vínculo, tener una atadura con aquél que me rodea, y que se expresa mediante un “nosotros” en el relato.

Por lo tanto, la calle es el escenario del crimen, pero también un espacio que materializa el sentido de pertenencia. En el caso de Gilmer, el escenario principal es “La esquina”, es

decir, la articulación de una calle en paralelo con otra en vertical; para González, “El hueco”, una suerte de cueva que conectaba los monoblocks de la villa. En esos espacios del barrio, el crimen brinda un sentido de pertenencia, cuya argamasa es el resentimiento y la vergüenza. De ahí que la calle se vuelva un lugar deseable para el joven, incluso por encima de la propia casa. En una entrevista, González aborda esta cuestión y agrega: “La calle era el cielo, las casas eran el infierno, nadie quería estar ahí adentro por el nivel de hacinamiento, por el espacio mismo tan reducido” (Radio10am, 2023: 19:21-19:31). De igual manera, Mesa narra la importancia de la calle para los jóvenes de su barrio: “la calle personal es la verdadera patria, lo primero que crea un sentido real de posesión en la necesidad de pertenencia” (2023a: 16). En pocas palabras, la calle puede pensarse como un parche ante la ausencia de posesiones materiales que sirve para reconstruir la identidad.

En uno de los capítulos de *La cuadra* Mesa aborda la vida de Denis. Un pequeño de cinco años que encuentra su refugio en las calles de Aranjuez. Ahí, sus deseos e inquietudes encuentran un cauce: “El combo”. Es decir, la banda de niños y jóvenes vinculados al hampa. Mesa, ya alejado de la vida del *pillerío*, intenta apartar a Denis de “La esquina” a través de pequeñas pláticas y compartiéndole la historieta de *Condorito*. Decepcionado advierte su inminente fracaso: Denis rehúsa la compañía de Mesa y prefiere juntarse con los criminales consagrados de “El combo”. ¿Cómo parar esa inercia social?, ¿cómo resistirse a algo de lo que él también fue parte y que entiende en lo más profundo? “me quedé pensando que esa esquina era como un vórtice que con sólo arrimársele se lo traga a uno” (2023a: 78). Un vórtice que se vive con una fuerza de la que es difícil salir inerme; un lugar que es vivido como la consagración del destino social para docenas de jóvenes y niños en los barrios populares, un *magnetismo criminal*.

En este sentido, hablar nuevamente de la fuerza estructurante del *habitus* se vuelve una cuestión necesaria, pues se trata de un sistema de determinaciones sociales que está a la espera de arroparnos aún antes de que se nos haya preguntado nuestra opinión y se nos hayan ofrecido otros estilos de vida. Es parte de una reproducción social de las desigualdades y jerarquías, y que, en los barrios social y económicamente marginados, se vive como una fuerza casi connatural que lleva desarrollar prácticas que ya se esperan de uno mismo. En este caso, un magnetismo asociado al fenómeno criminal. González relata aquellos hurtos que le siguieron al primer robo que efectuó con su amigo Peca. “A los pocos días iríamos a robar de nuevo. A la semana otra vez. Siempre bicis y a niños como nosotros, pero de otra clase social [...]. La sociedad prepara a unos para ser delincuentes y a otros para ser damnificados” (2023: 44). Es así que el crimen, al convertirse en un canal instrumental y psicosocial de la vida marginal, se vive como un magnetismo, una manera de sobrellevar el lastre de las estructuras sociales.

La lógica del pillerío

Los componentes hasta ahora vistos son cruciales porque van conformando una identidad estigmatizada, la de los jóvenes cuya vida orbita alrededor de lo criminal. Esta identidad está signada por un modo particular de dirigirse en la vida cotidiana, y que Mesa denomina con una frase que resulta ilustrativa: *la lógica del pillerío*. Fórmula que emplea de manera abreviada para explicar las maneras en que los niños y adolescentes de “El combo” (esto es, vinculados con el hampa) se comportan, visten y relacionan con el mundo. Así, aludir a dicha *lógica* se relaciona con una serie de características distintivas de la persona, que la constituyen subjetivamente.

En *Una moral de lo minoritario* (2004), Didier Eribon reflexiona sobre los procesos de reconfiguración de las identidades subalternas. Para ello, se vale de una idea fundamental, referida a la *poetización de la existencia*, que sería una manera de *heroificar* la vida paria y los avatares que se enfrentan de manera constante. Esta propuesta, me parece, también ayuda a comprender la identidad asociada al crimen. En el caso de *La cuadra* y *El niño resentido*, el desprecio social, la marginación y la privación económica son el motor de este trabajo orientado a la resignificación. Una labor cuyo objetivo es elaborar una manera alternativa de autopercebirse a partir del orgullo. Es la búsqueda de un fulgor en la desviación, una manera de sobrellevar la existencia desde las posibilidades que ofrece el mismo *habitus* barrial. Al rememorar sus hazañas criminales, González llega a expresar a modo de colofón: “Nunca *brillé* tanto como cuando fui delincuente” (2023: 154).

Vale la pena preguntarse, ¿cómo es posible hallar una suerte de brillo en la vida paria?, ¿en aquellos lugares de sumisión y marginación social, pero también donde la violencia criminal es el vehículo? Parte de las respuestas se encuentran en la percepción de singularidad que se tiene con respecto al mundo. Ello implica concebirse como único, o en palabras de Eribon, reconocer “la sensación de una singularidad que le distingue de los otros, los que son como todo el mundo” (2004: 93). En este caso, se forja una identidad a partir de la valentía, el honor, la virilidad. Una serie de valores alineados—en gran medida—al crimen. De esa manera, las actividades criminales son más que sólo una forma de tramitar el resentimiento y suplir una serie de carencias económicas, sino también una manera de revertir esa vergüenza mediante su doble inseparable: el orgullo.

El orgullo podría entenderse como una fuerza transformadora en el que las personas relegadas inicialmente a la sumisión, vergüenza y marginación social se vuelven “héroes” tras volcar la violencia sufrida por el orden social. En ambos relatos es posible rastrear la figura de alguna persona legendaria a los ojos de los narradores, y que sirve como mentor identitario del orgullo. Este es el caso de los hermanos Prisco en *La cuadra*, dos niños del mismo barrio de Aranjuez que habían logrado organizar a docenas de jóvenes para

constituirse en una de las bandas más importantes en Medellín. Ellos materializaban un ejemplo de admiración para la docena de niños y jóvenes que tenían bajo su mando. También es posible reconocer la figura de Pablo Escobar, ese “gran jefe”, que había logrado salir de la miseria a través de sus múltiples crímenes y alianzas. Evocar sus figuras era un símbolo de orgullo, alguien que producía simpatía y respeto en el barrio, pese a las polarizaciones.

El panorama relatado por González no es del todo distinto. Sin embargo, aquí la figura de los grandes capos queda atomizada en aquellos delincuentes que realizaban crímenes con una planeación cuidadosa, obteniendo así mejores ganancias. Ellos se animaban a robar algo grande (como un banco), secuestrar o extorsionar; eran los más *subversivos* dentro de la villa (González, 2021). Estos jóvenes eran los habitantes predilectos del pedestal del pibe: personas de la misma condición social, aunque por lo regular de mayor edad, con quienes habían crecido o compartido algún evento cotidiano y que ahora eran criminales respetados, tanto dentro como fuera del barrio. Personas que devinieron en íconos y cuyas hazañas servían como un relato común para *heroificar* la propia existencia, lo que uno podía llegar a ser.

González narra asimismo la devoción profesada hacia los *Backstreet boys* de Fuerte Apache quienes, a su juicio, eran “los ladrones más glamorosos que existieron en un barrio popular de Argentina” (2023: 145). Integrantes de una banda de “pibes chorros” que, más allá de robar, tenían un estiló de vestimenta único, mezclando modas y comportamientos extravagantes. Tal fue la devoción de González y otros amigos hacia esta banda que fueron al barrio de Fuerte Apache para conocerlos. “Volvimos encandilados. Habíamos comprobado la existencia en carne y hueso de quienes considerábamos semidioses” (2023: 145). Además, algunos miembros de la banda componían canciones de rap, que reforzaban su percepción de singularidad en el mundo y la importancia del crimen en sus vidas. “Esas canciones”, nos dice González, “hablaban de nuestra realidad de forma cruda y honesta (...) [eran] nuestra principal inspiración cosmológica y estética” (2023: 145).

Es entendible que la música tenga un rol fundamental en el trabajo de poetización. El caso de Fuerte Apache es un ejemplo. En *El mundo al revés*, una de sus canciones más escuchadas, se relata esa vida de privación: “Sobreviviendo en este mundo nos criamos / Y nos marginan todos / A nadie le importamos / Solo nos nombran / Cuando mal actuamos / Cuando nos drogamos / Robamos o matamos”. Pero también esta ese trabajo de heroificación: “Orgulloso digo / Tengo gente conmigo / Y contados con los dedos / A quienes los llamo amigos / Lo que yo consigo / Me lo gano y digo / Sin pedir nada a nadie / Solito en el mundo sigo”. Ambas facetas están ligadas: el resentimiento y la vergüenza de pertenecer a un grupo de niños y jóvenes de barrios populares, y la posibilidad de

subvertir—aunque sea ligeramente—las privaciones sociales de ese *habitus* mediante un trabajo de resignificación vinculado al crimen.

Así, el orgullo es un elemento central en la poetización de la existencia en la vida criminal, y que en este caso, se origina desde una memoria, sobre todo, de tradición oral. Ya sea a partir de aquellas personas reconocidas como grandes delincuentes, que han logrado “superarse”, o el relato criminal a través de la música. En cualquier caso, su función es crucial en la formación de una identidad que orbita alrededor del crimen, pues son—empleando un término deleuziano—*instauradores de subjetividad* al crear un movimiento “alterno” en la constitución del sujeto, donde las historias, hazañas y avatares de esos personajes se intercalan en la vida presente y futura de quien escucha. Presente, pues las historias contadas se vuelven parte de eso que se vive todos los días; y futura, ya que aquellos relatos también servían como oráculo de lo que esos jóvenes podían lograr mediante el crimen.

Este orgullo en los relatos se ve materializado de distintas maneras en la vida cotidiana. González y Mesa narran esa sensación de adrenalina y placer tras la consecución de cualquier robo o actividad criminal. Festejar la vuelta de un integrante de “La esquina” o “El hueco” era experimentar una suerte de orgullo inmediato, incluso, si el botín fue insignificante, pues detrás del pequeño o gran logro estaba la capacidad de salir ileso ante el mundo. Esta sensación aumentaba con crímenes particularmente complejos o cuando el asaltado u afectado era un policía; ahí el orgullo cobraba mayor intensidad.

Sin embargo, me parece que el acceso a bienes de consumo expresa, de manera más directa, esta sensación de orgullo, de mostrarse ante los demás como una persona consagrada dentro del barrio. En ambas novelas la vestimenta ocupa un elemento central. Si dijimos anteriormente que la vergüenza implica sentirse expuesto y juzgado desfavorablemente ante la mirada de los demás; el orgullo, por el contrario, se materializa precisamente por hacerse notar, mostrarse a los demás con denuedo y una mirada altiva, con la cabeza bien en alto. En el caso de González, esta aspiración se materializaba con llegar a poseer cadenas de oro y conjuntos deportivos de equipos de ligas de fútbol europeo. La gorrita, los tenis, la camiseta y la exhibición de alhajas era la ropa identitaria del criminal exitoso, de aquel que es un ejemplo en la villa. Ese era el “vestuario que demostraba ser activo en la delincuencia [...] el equivalente a los trajes y los sombreros de los mafiosos italianos” (2023: 62).

El acceso a estos bienes de consumo, sin lugar a duda, constituye una de las maneras inmediatas de materializar el orgullo, de simular el éxito económico que refiere Merton. Es ladear unos milímetros la balanza de la marginación social. Un medio para maquillar la desigualdad a la que se estuvo expuesto desde chico, donde la ropa, los servicios y la comida eran productos a veces imposibles. En algún momento de su adolescencia

González queda recluido en casa tras recibir un balazo. En el tedio de su cuarto, de esas paredes descritas como pobres y asfixiantes, se dirige al armario y, ante él, observa toda la ropa con la que soñó desde niño y que logró conseguir: “miré con orgullo la ropa que me había comprado en unos meses. Me alegré de ver tantas prendas *Adidas*, *Nike* [...] De tener seis pares de zapatillas y más de una docena de gorritas. Eran un dulce consuelo, un parche para mi resentimiento” (2023: 142).

Si bien la ropa ocupaba un lugar predilecto para mostrarse diferente, también existían otros tantos bienes que acompañaban esta reelaboración. El uso de coches, pero sobre todo, de motocicletas complementa la vestimenta como un símbolo de orgullo, de prestigio. Mesa narra la aspiración que varios niños sentían acerca de las *supermotos* que utilizaban los delincuentes consumados. Esas motos les permitían moverse por la ciudad, desplazarse dentro del barrio, pero también granjearse un sello de distinción aún más notorio ante los demás. Un bien ampliamente vistoso y que reclamaba la atención del barrio en su conjunto. Andar en una *supermoto* era mostrarse con orgullo, por eso, “entre más grandes y más bullosas, mejor, pues las motos parecían gritar”, escribe Mesa, “lo que ellos no podían, que existían, que eran importantes, y de ahí que entre más roncas y potentes, mejor el grito, más significativo.” (2023b: 272-273).

A modo de cierre: ser un tráfugo

Conviene insistir que *La cuadra* y *El niño resentido* relatan un contexto histórico y geográfico distinto. Por si fuera poco, la violencia mostrada en sus páginas también evidencia el amplio universo criminal, pues mientras las incursiones de González suelen ser delitos callejeros, Mesa relata actividades criminales surgidas en el seno del narcotráfico. Se trata de diferencias que, como advertí al comienzo, resultan imposibles de soslayar. No obstante, me parece que existen resonancias innegables entre las dos novelas: ambas recurren a una prosa autobiográfica, donde el crimen conforma un elemento más de la cotidianidad; a ello, se suma el acento puesto en la vida de niños y jóvenes cuyo entorno son los barrios populares. Estas últimas características permiten un diálogo sumamente interesante, pues se teje desde la misma marginación, desde una intimidad que sólo la literatura y la experiencia personal pueden brindar.

En este sentido, hay dos preguntas que orbitan en *La Cuadra* y *El niño resentido* desde que uno decide aventurarse en sus páginas. Ninguna de las cuales, adviértase de una vez, está formulada de manera explícita. Sin embargo, éstas se asoman detrás de algún párrafo, en los puntos que anuncian una pausa, o sencillamente entre sus líneas. La primera se relaciona con el papel mismo del crimen, donde queda claro que dicha actividad brinda más que un beneficio meramente instrumental. En este orden de ideas,

uno se pregunta ¿cuáles son aquellos elementos que hacen que el crimen se viva como *magnetismo criminal*, y en este caso, para los jóvenes y niños de barrios populares? La reflexión elaborada en este texto procura responder a esta interrogante. Para lo cual, recurrí a la teoría de la reproducción social en diálogo con algunos aportes de la psicología, y de ahí sostuve que dicho magnetismo se explica —al menos en parte— debido a las condiciones de un *habitus* barrial y la conformación de una identidad que busca revertir la vergüenza y el resentimiento mediante el crimen.

Por otra parte, la segunda pregunta se refiere al hecho mismo de la fuerza estructurante de las condiciones sociales y la posibilidad de su “falla” en la reproducción del mundo social. Es decir, en escapar de aquellas determinaciones que dictan lo que se espera de unos y otros de acuerdo con el *habitus* de pertenencia. Por ello, la pregunta siguiente se vuelve igualmente obligada: ¿es posible rehuir de ese *magnetismo criminal* representado en ambas novelas? Esta indagación puede pensarse a partir de la figura del *tránsfuga*, que emplea Didier Eribon (2017) para aludir a aquellas personas que se inmiscuyen en lugares y posiciones del mundo social que les estaban negados. La vida misma de Eribon es un ejemplo, en este caso, de ser un *tránsfuga* del mundo obrero que se inserta en los círculos intelectuales parisinos. “Un milagro” sociológico, como llega a expresar en *Returning to Reims* (2013). Hablar del *tránsfuga*, por tanto, es admitir la contingencia del orden social—o en palabras de Bourdieu, su *actualización*—y, por ende, también de ese magnetismo criminal, aunque pareciera tan enquistado en algunos contextos de marginación social.

En este sentido, Mesa y González son *tránsfugas* de ese magnetismo, donde el crimen y la violencia era el lugar destinado para los jóvenes y niños de los barrios descritos. De esas calles que, como diría González, conspiran contra toda forma de intimidad que llevan a la reflexión sosegada. Ahí donde los determinismos se cargan en los hombros y su fuerza inercial es apabullante. Y, sin embargo, hay puntos de inflexión en la reproducción del mundo social. Precisar en qué momento ocurre ese cambio, esa transformación identitaria ligada al *habitus* del que se es parte, representa una indagación que supera los alcances de este texto. Sin embargo, la literatura es una de las formas para continuar con ésta y otras agendas de investigación, sobre todo, desde esas escrituras que narran la marginalidad en primera persona.

Referencias bibliográficas

- Alexander, J.: “La subjetivación de la fuerza objetiva: el *habitus*”, *Iztapalapa*, 50(1), 2001, 53-72.
- Arreola, J.: “Memoria y resistencia desde el margen en Aranjuez, de Gilmer Mesa”, *Estancias*, 4(7), 2024, 35-63.

- Bourdieu, P.: *El sentido práctico*, México: Siglo XXI, 2019.
- Connolly, P.: *Tipos de poblamiento en la Ciudad de México*, México: Observatorio Urbano de la Ciudad de México – UAM Azcapotzalco, 2005.
- Elias, N. y Scotson, J.: *Establecidos y marginados*, México: FCE, 2016.
- Eribon, D.: *La sociedad como veredicto*, Buenos Aires: El cuenco de plata, 2017.
- Eribon, D.: *Principios de un pensamiento crítico*, Buenos Aires: El cuenco de plata, 2019.
- Eribon, D.: *Returning to Reims*, Los Angeles: Semiotext(e), 2013.
- Eribon, D.: *Una moral de lo minoritario*, Barcelona: Anagrama, 2004.
- García, V.: “Figuraciones del yo en la era del individualismo autoritario”, *Luthor*, 58 (1), 2024, 36-50.
- Giordano, A.: *El giro autobiográfico. De la literatura argentina actual*, Buenos Aires: Mansalva, 2008.
- González, C.: *El niño resentido*, Buenos Aires: Penguin Random House, 2023.
- González, C.: *El fetichismo de la marginalidad*, Buenos Aires: Sudestada, 2021.
- Gusdorf, G.: *Les écriture du moi*, Paris: Odile Jacob, 1991.
- Katz, J.: *Seductions of crime*, USA, Basic Books, 1988 (trad.: *Los encantos del delito*, Bernal: UNQ, 2023).
- Lacan, J.: *Escritos*, México: Siglo XXI, 1972.
- Martín-Baró, I.: *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*, San Salvador: UCA Editores, 1988.
- Mesa, G.: *Aranjuez*, Bogotá: Penguin Random House, 2023.
- Mesa, G.: *La cuadra*, Bogotá: Penguin Random House, 2016.
- Merton, R.: “Social structure and anomie”, *American Sociological Review*, 3(5), 1938, 672-682.
- Pichón-Rivière, E.: *Obra completa. Del psicoanálisis la psicología social* (Tomo IV), Argentina, Paidós, 2024.
- Radio10am: Notas al pie. Libro: *El Niño Resentido*, 2023. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=CnnUk_bCbJ8 (Acceso: 23 de abril 2025).